

**ESCRITOR**  
**Carlos Mal**



**PREMIO NACIONAL DE  
NOVELA BREVE ESAC 2023**



# **Escritor**

---

## **Carlos Mal**

**Premio Nacional de  
Novela Breve ESAC 2023**



*A Hugo Medina.*



# I

## **Esa desesperanza que ruega por una historia**

*Le dije a Delmira que debía entregar el paquete a una joven alta y morena, de ojos claros y boca muy roja que responde al nombre de Julia.*

*Delmira tenía en sus ojos negros esa desesperanza que ruega por una historia. Y yo pasaba por una etapa en que tenía muchas historias, pero ninguna idea. Y por idea me refiero a lo que los escritores llamamos idea: algo que nos impulse a escribir por horas sin parar y que al final valga la pena y el entusiasmo. Tú sabes.*

*Delmira no acabó de comer su fruta y la arrojó a la basura. Cruzó las manos sobre el regazo y fue ahí cuando supe que lo que a Delmira le faltaba era fumarse un buen par de cigarrillos.*

*Me dijo que no fumaba, que tenía insomnio y que sabía que si tomaba el hábito todo iba a empeorar. Había fumado en su adolescencia, cuando fumar significaba muchas cosas que no tienen nada que ver con el tabaco ni con el humo.*

*Delmira tenía ojos grandes y cansados, y las improntas del insomnio le dibujaban sombras grises que delataban, debajo de la belleza de su rostro, una tenebrosa calavera.*

*Tal vez elegí a Delmira para entregar el paquete no por temor a Julia o porque Delmira era la única persona a esa hora en el parque, sino porque de otro modo nada habría sido interesante.*

*Cuando la vi sola en el parque, comiéndose una manzana, viendo distraída los pocos autos del tráfico de las diez, vi el paquete en mis manos y me dije por qué no.*

*Dos días antes me había llegado el paquete por correo. Me lo enviaba Gómez con un sobre para mí que decía por fuera:*

### **«NO ABRAS LA CAJA».**

*Abrí el sobre y saqué una carta y dos postales con fotos de la capital y de la universidad. Gómez me pedía en la carta que «hiciera todo a un lado» y que le entregara el paquete a Julia.*

*Que hiciera todo a un lado.*

*Ya había hecho, hace mucho, todo a un lado. Y lo hice para escribir una novela. No debía ser definitivo, solo un período de soledad para ser egoísta —más egoísta— y poder escribir. Uno no puede escribir novelas con alguien leyéndole sobre los hombros, ¿cierto?*

*Pero Julia no entendió. O era tal vez que yo quería algo más que soledad. Pero no es ahora el momento de relatar cómo Julia se convirtió en una pesadilla o cómo yo me*

*transformé en una roca. Tampoco es hora —todavía— de hablar de mi novela.*

*Me senté junto a Delmira con el paquete entre las manos. Le sonreí y ella me dijo hola; yo le pregunté, como si la conociera, cómo había estado su día y ella me respondió algo sobre un día pesado de trabajo y una noche de mal sueño. Y aunque Delmira se oía muy agotada, no había rechazo hacia mí en su pesadumbre. Al parecer no hablaba mucho con nadie: sus palabras eran lentas y perfectas, esféricas. Me imaginé que así hablaría —si pudiera hacerlo— un árbol. A qué te dedicas, le pregunté.*

*Soy, dijo, y levantó la vista pensando en que el nombre técnico, el nombre largo y elegante que tenía su puesto en la compañía, no me diría nada; además de que no correspondía a las cosas que en verdad hacía: servirse café, llenar infinitas bases de datos, extender pedidos de artículos de papelería, algo de contabilidad, algo de ser secretaria.*

*Soy oficinista, resumió.*

*Y sonrió. A qué te dedicas tú, me preguntó, y yo le dije, como eco de su austera respuesta, soy escritor, y le extendí la mano como si Escritor fuera mi nombre.*

*Mucho gusto, Escritor, me llamo Delmira, dijo, y me estrechó la mano. En la otra tenía una manzana amarilla sin comer.*

*Le dije que las manzanas amarillas no eran para comerse casualmente, que eran para hornearse en pasteles, y me vio, por la mitad de un segundo, como si fuera un extraterrestre.*

*Me contó que venía todas las mañanas a desayunar al parque. No es que tuviera verdadera hambre, sino que es bueno salirse de la oficina. Miré detrás de ella: frente al*

*parque, un edificio de diez pisos. Ahí trabajaba, justo a unos pasos de la escuela, que era el único lugar donde Gómez y yo podíamos encontrar a Julia.*

*Delmira me preguntó entonces qué escribía. Que, si era escritor, qué escribía. A mí me gusta cómo se oye cuando digo que escribo novelas. Suena como si alargara el tiempo y pudiera escribir muchas novelas con facilidad. Por eso le dije, precisamente, que escribo novelas.*

*Le pregunté a qué horas terminaba su descanso y ella me contestó que prácticamente cuando ella lo decidiera. Las horas pesadas comenzaban en la tarde. Tú qué haces aquí, me preguntó, y recordé que tenía en mis manos una caja sellada.*

*Tengo que entregar esta caja, dije, pero me faltan pantalones. No creo que entiendas. Fue entonces cuando Delmira captó un silencio en mí. Y ella sabía que oculto en ese silencio había una historia. Delmira tenía en sus ojos negros ese desamparo que ruega por una historia. Para los desolados las historias hacen que parezca que el mundo se mueve y tiene sentido. El hecho de que algo tenga principio, detalles y final lo hace parecer vivo.*

*Delmira, le dije, muy serio, necesito que alguien —que tú— le entregues este paquete a una amiga. Y Delmira me miró con sus ojos súbitamente transformados por la sorpresa y por la desconfianza. Me dijo que no podía porque no sabía qué había adentro.*

*No es una bomba, sonreí, inseguro, porque no sabía si en verdad era o no una bomba.*

*Hubo entre Delmira y yo otro silencio. Ella, inerte, no se decidía a abandonarme allí. No era que no sintiera*

*incomodidad o desconfianza, sino que cualquier cosa sonaba mejor que volver a la oficina que ella odiaba.*

*Yo, por mi parte, creyendo perder a Delmira prematuramente, comencé a sentir un miedo verdadero hacia Julia y me di cuenta de que tenía que hacer algo pronto. Miré a los lados. No había nadie en el parque que pudiera hacer la entrega si Delmira se amedrentaba a causa de mi conducta sospechosa. Estoy seguro de que en ese momento ella consideró la manera más gentil de mandarme al demonio.*

*En verdad no sé qué hay dentro de la caja, le dije. Pero sí sé que no es algo malo, mentí. Tendrías que saber toda la historia para creerme. ¿Quieres?*

*Delmira me dijo que tenía quince minutos más. Que hablara.*

*Y hablé.*

*Y fue así como inició la novela.*

## Una docena de pistolas

*Comencé por contarle que Julia y yo terminamos por culpa de una novela que nunca terminé.*

*Habíamos vivido juntos por más de un año, no sé si recuerdas. No es que la novela haya tenido enteramente la culpa. Ahora que estoy lejos de esos días lo veo más bien de esta forma:*

*Era un pretexto. Yo busqué que esa novela me volviera loco y huraño, y que me hiciera abandonar a Julia. Las novelas no son lo que deberían ser: toman demasiado tiempo. Su arte es afectado y vago. Son gargantuescas, uno tarda mucho tiempo en hacerlas y en leerlas.*

*Pero de un tiempo acá el mundo está atado a un instante del que no puede salir y necesita historias para moverse, creo.*

*Por eso quería hacer una novela que hablara de todo, que destruyera, que acabara con el hechizo, pero que, al mismo tiempo, se perpetrara como un nuevo caos, el nuevo mesías incómodo de las letras. Pensaba tantas cosas idiotas en esos años, amigo:*

*«Por supuesto que una novela es motivo suficiente para romper una relación amorosa. Son empresas de obsesión.*

*Todos sabemos historias de parejas que se divorcian por cosas como la tapa del excusado, por chuparse los dientes, la afición a la pesca de truchas o por muertes accidentales de mascotas pequeñas. Claro que una novela lo vale también.*

*Novelas malísimas han hecho a gente millonaria. Novelas muy buenas han enviado a gente a la hoguera. O a la mierda. Claro que sí. Una novela puede cambiar al mundo».*

*Así pensaba en esos días.*

*Con Julia alrededor no podía escribir nada. Cuando llegaba exhausta del trabajo, sin tiempo para mí (para nosotros) y caía fulminada en la cama, yo me escurría a la sala a garabatear mis borradores muy muy feliz.*

*Pero Julia trabajaba tres días a la semana nada más. El resto lo pasaba conmigo: mirábamos televisión, hablábamos. Hacíamos el amor en el sofá o donde sea que las ganas nos sorprendían y nos constreñía con sus manos sudorosas. Uno no puede escribir si está pensando en complementar, en complacer a una persona real la mitad del tiempo. Mi mente servía solo como un amplificador de mi conciencia, de la conciencia de que mi piel, mi espalda, mis dedos, mi lengua, estaban del todo dedicados a ese instante. Y la mordida de cocodrilo que sentía en el vientre cada vez que Julia y yo nos deshacíamos me obliga hoy a pensar que en la cópula se anulan los planes y el destino. Nuestra animalidad nunca conoció el tiempo ni los días. Y para nuestra animalidad, que nunca cambia, la muerte no es detenerse.*

*Pon atención, Max, porque esto no lo sabes. Julia y yo conocimos a Gómez en este mismo café. Desde que Julia*

*retomó sus estudios de artes en la Academia, nos reuníamos casi todos los días aquí los tres. Ella y Gómez llevaban algunas clases juntos. Desde que se conocieron descubrieron que hacían muy buen equipo. Nada me anunciaba lo que unos meses después habría de llevar todo a donde está ahora.*

*Tú no conociste a Gómez. Es un sujeto obsesivo. Ob-se-si-vo. Se autoevalúa sin piedad y es un artista sumamente disciplinado. De hecho, es el único verdadero artista con verdadera disciplina que he conocido. Escribe obras de teatro y no deja de corregir sus manuscritos hasta que están inundados de anotaciones técnicas completísimas que la mayoría de las veces ni siquiera lo dejan satisfecho. Solo ha llevado una de sus obras a la escena, con el taller dramático de la universidad. Cuando recién lo conocí sentí en él un ligero desdén hacia mí, producto de mi relación con Julia, pero, sin embargo, sentíamos simpatía y nos hicimos amigos. Como dije, es obsesivo, obsesivo con los resultados, y por lo mismo, con los métodos para llegar a ellos. Llegó una etapa inesperada en su vida en la cual yo llegué a ser lo único que él veía cuando cerraba los ojos, cuando se ejercitaba en el suelo de su pequeño apartamento cuando se fue a vivir un tiempo a la capital.*

*Iba y venía mientras sus músculos ardían y su espina dorsal se tensaba y se contraía. Era mi rostro el que veía en mitad de su dolor cuando estiraba su brazo sobre la llama de la estufa hasta oler la fiesta de células muertas que anunciaba los vellos chamuscados. Pero eso viene después.*

*Julia lloró por horas en el hombro de Gómez el día en que me fui. Yo lo había planeado y previsto todo y me instalé en*

*la casa de estudiantes donde vivo ahora. Después de poco tiempo Julia me convirtió, para los ojos de Gómez, en el monstruo que tal vez soy, pero multiplicado.*

*El dolor de Julia es progresivo y en él no cabe la resignación: la reacción, la venganza es imperativa. Y su primera decisión fue no quedarse sola.*

*Me enteré después de que el primer encuentro de Julia y Gómez fue esa misma primera noche de su soledad. Julia tenía miedo de ser detestable, de que en verdad todos estuvieran mintiendo al decirle que la apreciaban o que la amaban, que todo fuera una broma inhumana. Todos los hombres me han abandonado, le dije, todos se cansan de mí y yo no sé qué hago mal, Gómez. Ven conmigo hoy. Esta noche siento que Dios me va a abandonar también si no descubro pronto cuál es el pecado.*

*E hicieron y deshicieron el amor en el mismo sofá, en el nuestro. Fue un evento emblemático, de lágrimas y rencores. Gómez debe haberla sentido a quinientas millas de distancia y Julia debe haber sentido sus caricias, su sudor, su cuerpo, como una traducción defectuosa de nuestras noches.*

*Sé esto. Ella me escribió un mensaje esa misma noche, a espaldas de Gómez. Me lo contaba todo.*

*La narración que me hizo en la carta era triste, apresurada y levemente pornográfica. Su énfasis en las humedades, texturas, sabores y olores de Gómez hacía que todo pareciera más torcido, más desesperado.*

*No sé hasta qué grado Julia llegó a enamorarse de Gómez, pero sé que en el momento en que Gómez cerró la puerta de su apartamento en la capital —lejos de nosotros— para hablar en privado con el sujeto que lo esperaba dentro con*

*una maleta, en ese momento, sin duda, él sí estaba completamente loco por ella.*

*Este hombre que digo abrió la maleta sobre la cama. Dentro, una docena de pistolas. El vendedor le anunció las armas como las mejores que podía conseguir a un precio tan bajo. Gómez se fijó especialmente en un revólver de seis tiros, negro y grande. ¿Quieres ese?, le preguntó el vendedor, y Gómez, guardándose entre el cierre del pantalón y la camisa, le preguntó que cuánto dinero quería por todas las pistolas en la maleta. El vendedor sonrió y le dijo solo el precio del revólver negro y cerró la maleta. Cerraron el trato.*

*Cuando Gómez amartilló el gatillo por primera vez, cuando accionó el arma, cuando imaginó la descarga, cuando el aplauso metálico salió por el cañón y su mente lo sustituyó por fuego y pólvora, lo primero que vio fue mi cuerpo contra una pared enrojecida de mi sangre, mi rostro agonizante y sorprendido hecho pedazos, la breve transición de mi respiración agitada a los estertores entre burbujas de sangre negra. Y mi muerte.*

*Y cuando, pocos días después, compró las balas y comenzó a decorar una de ellas puliéndola, tallándole letras primorosas en el cobre, cuando decidió usar solamente esa bala cuando llegara la hora, ya me había asesinado seis millones de veces en su cabeza.*

*Julia se lo había dicho: mátalo. Para mí él es el amor. Y mientras él viva el amor será algo de miedo y de odio y de asco.*

*¡Que me matara, Max! ¡Quién dice esas cosas, quién piensa en esas cosas fuera de las novelas?*

*Gómez se quedaba hasta la madrugada mirando su televisión pequeña con el revólver dormido en su mano. Pensaba. No. No solo pensaba. Se preparaba para lo que iba a hacer, lo que haría por Julia.*

*En cuanto Gómez se decidió a irse de la ciudad para prepararse, Julia lo apoyó silenciosamente. Le ayudó a conseguir un apartamento pequeño y barato en la capital y le prestó dinero. Cuando Julia y Gómez tuvieron que decirse adiós en la estación de autobuses hubo un beso largo y elaborado, que fue el primero que Gómez sintió como real y completamente suyo. Con los ánimos inflamados, Gómez se subió al autobús y comenzó a hilar en su cabeza los eventos que se supone que habrían de convertirse, uno sobre otro, en mi muerte.*

*La diferencia entre Julia y Gómez era que ella no se sometía a los rigores físicos y espirituales: una semana después de que Gómez partió, Julia condujo hacia mi nuevo hogar, tocó la puerta, abrió una de las inquilinas, preguntó en qué habitación vivía yo, tocó a mi puerta y con rapidez insospechada se me vertió en el rostro y en el cuerpo con besos y caricias desbordadas. Vuelve, me decía, éramos lo mejor que nos había pasado, y su tono iba del suplicante al detonante, debiste haberme preparado, decía, preguntarme si estaba lista, eres un egoísta, y me besaba como si las palabras de rencor se le escaparan de días, de noches anteriores. Se desvistió con una mano. Te he extrañado tanto, me dijo, y me puso su cuerpo en llamas cerca del mío.*

*Perdí la cordura porque soy un imbécil y desaparecimos tras la puerta.*

*Veo que tengo tu atención.*

*Julia le hablaba a Gómez muy seguido y le construía una recompensa inconmensurable para cuando regresara. Por supuesto, regresar significaba cuando lo hayas matado y hayas acabado con todo. Un día le pidió que hiciera sonar la pistola en la bocina del teléfono y sintió una negra ola erótica que le dirigió los dedos a la sombra sedosa entre sus muslos. Cómo vas a disparar, le preguntaba. Así, decía él, y hacía sonar el arma descargada. Y ella cerraba los ojos para suspirar y ararse con los dedos las orillas del alma.*

*La mañana que siguió a la reconciliación de nuestros cuerpos Julia no me encontró en la cama y marcó a la capital para hablar con Gómez.*

*Esa mañana no quise despertar al lado de Julia, y traté de convencerme de que huía de ella no por miedo, sino porque tenía que escribir esa novela que nos separó en primer lugar. No sabía cómo empezar, pero sabía que quería empezar ya. Compré una libreta y un puñado de bolígrafos y me fui a la casa de la familia de Gómez. Ahí, después de pedir con mucha insistencia, conseguí su dirección en la capital. Su familia sabía que sus últimos días antes de partir no habían sido de una amistad armoniosa conmigo, y tenían muchas reservas. Pero mi propósito de recuperar nuestra amistad pareció suficientemente meritorio. Con la dirección de Gómez en mi bolsillo, mi material para escribir y un poco de dinero,*

*tomé un autobús hacia la capital. Julia colgó la bocina, suspiró y vio hacia la ventana, por la cual no se asomaría en un buen tiempo.*

*Me llevé el manuscrito de tu novela para leerlo en el camino. Le estaba haciendo anotaciones al margen. Mientras se me cerraban los ojos sin terminar de comentar un pasaje demasiado aglomerado del texto, Gómez hacía flexiones abdominales y pensaba en Julia, a quien imaginaba dormida en su casa o viendo televisión en la sala. No sabía que estaba desnuda entre mis sábanas, escuchando un disco en mi tornamesas viejo.*

*Gómez en el espejo, la barba crecida. Con el paso de los días su ojo derecho se encogía, muy poco a poco, casi de manera imperceptible; solo se notaba cuando se comparaba una foto vieja de él con una nueva. Una noche soñó que su cabeza estaba atrapada en una antigua escafandra de buzo. El agua comenzó a llenar la esfera poco a poco y su ojo derecho temblaba y se encogía hasta casi desaparecer. Cuando despertó estaba bañado en sudor y se levantó y se vio en el espejo. Vio su barba crecida y su ojo.*

*Yo llegué a la capital a mediodía. Estaba nublado. Gómez sintió un escalofrío subiendo con estrépito los escalones de su espalda. Leí el papel en mi mano con la dirección de Gómez. Cuando tomé el taxi y le indiqué a dónde ir, Gómez salía de su apartamento subiendo las solapas de su impermeable.*

*Después de esperarlo una hora y media en el umbral de su puerta, Gómez llegó frente a mí, y su rostro, retorcido por la sorpresa me llegó entre las gotas de lluvia que comenzaron a caer.*

## II

### Delmira

*Delmira estaba llena de preguntas y veía su reloj. Volteaba a ver el enorme edificio que, a sus espaldas, nos inundaba más cada segundo con su sombra monumental. Tenía que irse, yo sabía. Tengo trabajo, sabes, pero tu historia me tiene muy interesada y quisiera oírla toda. Qué pasó ese día que se encontraron, intentó lastimarte, cómo es posible que estés aquí ahora con este paquete que él te mandó para ella.*

*Delmira vio de nuevo el paquete. Estaba indecisa. Si lo tomaba y me hacía el favor de entregarlo, se arriesgaba a perderme, a perder la historia. Si no lo tomaba tendría que, de todos modos, volver al trabajo, del que no saldría hasta muy tarde, cuando, seguramente, no habría nadie en la escuela donde le dije que Julia trabaja. Se arriesgaba a que yo encontrara a alguien más para entregar la caja. O a que, simplemente, me armara de valor y dejara el paquete — como ya lo había pensado—, sucintamente, con el portero de la escuela. Leí en las sutiles curvas de sus labios que estaba en un predicamento. Y ella pensaba que yo podía dejarla a un lado.*

*Pero su miedo no tenía fundamentos, pues yo me interesé en su interés, porque no sabía a qué cosa le había abierto la puerta cuando dejé entrar a Delmira en la historia que yo creía terminada y de la que ella misma iba a ser parte importante. A partir de ese momento yo también quise saber qué pasaría después.*

*Le dije que el paquete podía ser entregado al día siguiente, nos vemos aquí a las diez. Si mi historia te convence y quieres hacerme el favor, mañana le entregas la caja a Julia. Delmira sonrió, se puso de pie y caminó hacia el edificio. Casi al llegar a sus puertas me gritó que me esperaba a las diez.*



### III

#### El umbral negro

Esa noche Delmira fue la última en salir de la oficina. Todo su turno estuvo preguntándose qué había pasado entre Gómez y el escritor. Algo debe haber cambiado radicalmente para que Gómez no lo haya matado de inmediato bajo la lluvia ese día. Seguramente —se decía— había pasado algo parecido a esto:

«Gómez sintió que se congelaba de odio y no podía mover las manos. Escritor —en su cabeza comenzó a llamarlo así, como si fuera su nombre—, sin la más mínima idea de lo que había pasado en los meses (¿fueron meses?) de reclusión de su amigo, lo saludó con afecto, le dijo que debían arreglar las cosas, intentó abrazarlo y se enfrentó al pético rechazo de Gómez que solo se

adelantó para abrir la puerta y dejarla abierta».

El umbral negro del apartamento le daba a Delmira todas las posibilidades del mundo. Se sorprendió, cerca de la hora de salida, sin haber avanzado la contabilidad del mes, escribiendo en su computadora los nombres de la historia de Escritor; listando los posibles sucesos que se desataron cuando los dos hombres estaban solos en el apartamento.

«Hipótesis 1: Gómez, mientras Escritor le habla sobre la amistad, busca la bala que ha preparado, carga el revólver y dispara. La herida —en una pierna, en un brazo— aterroriza a Gómez, quien corre a atender a Escritor y, sacudidas sus intenciones, lavadas por la sangre derramada, se apresura a llevar a su amigo al hospital».

Delmira creía que así tendría sentido que ahora Escritor trajera el paquete de Gómez y que siguiera vivo.

«Hipótesis 2: al ver el arma Escritor huyó. Gómez, al verlo correr y no poder dispararle por la espalda, supo que nunca podría matarlo. Días

después le envía este paquete por correo».

Aquí Delmira truncó sus hipótesis. Algo era seguro: algo debía unir a Gómez y Escritor para que ambos, ahora, compartieran las circunstancias del paquete cerrado. El paquete no era muy grande. Delmira escribió una lista de los objetos que, ella pensaba, podrían estar dentro:

«Una bomba.  
Un libro.  
Fotografías.  
Alguna evidencia misteriosa (?).  
Un animal muerto.  
Poemas».

Condujo a su casa, pensando aún en la historia. Al repasar los episodios sexuales que Escritor le contó sin reserva, con el narcisismo impúdico típico de un artista, Delmira recordó la última vez que sintió el calor de otro cuerpo. Se sintió árida y amarga. Se pasó una mano por la camisa, debajo del saco de ejecutiva, y palpó su corazón, como para saber que su cuerpo era todavía real y joven. En la sala de su casa encendió la televisión por pura costumbre, se sentó en el sofá y tomó la libreta que estaba a su alcance, junto al teléfono.

Vio el reloj. Las diez de la mañana estaban aún lejos. La historia que Escritor le contó terminó

textualmente en que «el rostro sorprendido de Gómez se perdió entre las gotas de lluvia que comenzaron a caer».

Entonces Delmira escribió esto en su libreta:

«El rostro sorprendido de Gómez se perdió entre las gotas de lluvia que comenzaron a caer. El umbral negro del apartamento permitía todas las posibilidades del mundo. Escritor entró. Comenzó a hablarle a Gómez sobre la amistad perdida y sobre cómo era fácil arreglarlo todo. No notaba que, mientras tanto, Gómez buscaba en la repisa la bala que cuidadosamente diseñó para matarlo. Sin hacerse notar, cargó el revólver negro, cerró los ojos, apretó los dientes y se volvió hacia su blanco con el brazo extendido. El cañón escupió el plomo con furia. El arma humeante cayó al suelo. Gómez se puso de pie para ver a Escritor, derribado en un sofá. La sangre corría desde una herida en el antebrazo, y Escritor, pálido, se estrujaba para detener el desbordamiento. Frenéticamente, Gómez se metió a la cocina, tomó un cuchillo y volvió a la salita; Escritor se había incorporado y estaba llorando y

gritando. Dirigió su vista a Gómez que, confundido, arrojó el cuchillo al suelo y se sentó, sudando y resoplando.

—No puedo —dijo—. ... Nadie podría matarte viéndote a los ojos».

Delmira terminó el párrafo y lo releyó. Qué cursi: «Nadie podría matarte viéndote a los ojos» es mío, no de Gómez, se dijo sonriendo. Corrigió algunas palabras y lo leyó de nuevo. Sonrió otra vez y pensó llevar este textito al parque para mostrárselo a Escritor.

Y fue ahí cuando inició su novela.

## **Símbolos descartados**

*(Escribir novelas no es solo necesario. Es inevitable. Y debe ser lógico, ¿no? Si alguien quiere expresar algo y no le alcanza la boca, las manos, el sexo, un cuadro, una revolución, es porque tal vez necesite una novela que hable por sus voces. Y sí, tienes razón. No es que la novela deba ser solo una expresión de nuestra interioridad atormentada, sublime, amanerada. No. También debe ser la voz del mundo, de lo que nos rodea y de lo que nos grita a diario con símbolos descartados).*

*Yo era el único miembro del grupo que no había iniciado una novela, ¿recuerdas? Cada domingo que nuestro grupo se reunía en tu casa yo solo adelantaba teorías sobre la novela y ustedes me pedían que les mostrara un ejemplo de la autoridad de mi discurso con un capítulo real de una novela real. Y yo me quedaba quieto y callado, anulado por el reto. Cuando supe que todas mis intenciones estaban cayendo en el vacío decidí comprometerme con mi trabajo, aunque eso significara dejar de ir a las reuniones o hacer a Julia a un lado, como lo hice, finalmente. Hasta ahora me doy cuenta de que estaba buscando un pretexto para terminar con ella sin ser el villano de la historia. Mi novela sería el villano.*

*Así de pedestre y vulgar es mi integridad artística, ya ves. Refugiarme en las trincheras de mi vocación literaria para poder culparla de mis debilidades... Tal vez mi intención no era deshacerme de Julia para siempre, tal vez solo quería probar un poco de libertad y después ver qué pasaba. Pero las cosas sucedieron como ya sabes.*

*Y el día de mi segundo encuentro con Delmira se me abrieron las puertas. Delmira llegó al parque a las diez en punto. Yo había llegado un poco antes. Tenía en las manos el paquete de Gómez. Cómo estás, me preguntó, y yo le sonreí como respuesta. Se sentó al lado mío en la banca y de una bolsa de papel sacó una manzana roja. Me pidió, sin más, que siguiera la historia. Yo la veía muy contenta: la cara gris del día anterior había cambiado. Me comentó que, gracias a mi historia, la noche anterior no había sufrido el ataque de acidez estomacal que la atormentaba cada noche. Le pregunté que desde cuando tenía la acidez, has visto un médico y cosas así, y ella solo sacudió la cabeza, sonriendo, con sus palmas extendidas frente a mí:*

*La historia, por favor, me dijo.*

*Le dije que aquel día la lluvia comenzó a golpear muy fuertemente y pronto seguí a Gómez y crucé el umbral.*

*Delmira contuvo su aliento. Cuando cerré la puerta y me quité el abrigo, el teléfono del apartamento sonó.*

*Una vez. Dos veces. Gómez me miró y dejó las bolsas del mercado en la mesa. Tomó la bocina sin quitarme la vista de encima.*

*Yo oí una voccecita que no pude reconocer: Gómez estaba muy agitado. Notó que quise decirle algo y, pegándose a mí,*

*me sujetó con fuerza la cabeza. Grité de sorpresa, le pregunté qué pasaba, y me cubrió la boca con su brazo. Me sorprendió la fuerza muscular de Gómez y su desesperación. La voz en el teléfono comenzó a hablar con violencia. Más cerca de la bocina reconocí la voz del otro lado: Julia.*

*Qué está haciendo ahí, decía, no trates de verme la cara, lo oí, Gómez, estás con él ¿no vas a hacer nada?, preguntaba, y gritaba, haz algo, rápido. Yo, con la boca cubierta vi los ojos llorosos de Gómez. La furia de Julia lo lastimaba, el amor envenenado que todavía sentía por mí lo convertía a él en un objeto, en un revólver negro, nada más. Julia colgó.*

*Tengo que hacerlo, me dijo Gómez, llorando, aunque no por mí. En realidad, estaba listo. Para que se acabe todo esto, dijo. Y detrás del teléfono sacó la pistola negra y me la puso en la frente. Entonces fuimos dos hombres los que llorábamos en ese cuarto.*

*Para decidirse a jalar el gatillo Gómez tuvo que recordar, tuvo que sentir de nuevo los dolores: el dolor abdominal del ejercicio, el dolor del fuego quemándole la piel y cerrándole los poros, el dolor del ojo que se le encogía, el dolor de la asfixia de sus sueños bajo el agua. Para eso los había sentido.*

*Los segundos más intensos de mi vida terminaron cuando Gómez bajó el arma y me empujó lejos de él. Sin embargo, Gómez aún tenía en su mente ponerme un tiro en el cuerpo. Noté en su mirada que Gómez necesitaba una explicación, no un cadáver. Amartilló el revólver y apuntó.*

*Yo quería cruzar la puerta y perderme en la lluvia. Pero Gómez, sin dejar de apuntarme a la cabeza comenzó a preguntarme, como si se preguntara a sí mismo, por qué. Por qué. Por qué. Tenías la mujer más bella y maravillosa sobre*

*la puta faz de la puta tierra, me dijo. Y lo echaste todo a perder. Eso me dijo y me exigió una explicación. Una buena explicación, diferente a la excusa mierda de que uno de los placeres espirituales más excelsos consiste en desperdiciar lo útil, lo bueno, lo irrepetible, lo que es un montón de poesía de bohemios pendejos.*

*Me exigió que le explicara por qué le abrí la puerta al infierno.*

*En mi apartamento, Julia temía que todo esto que cuento estuviera ocurriendo.*

*En un arranque de nervios le dije que mi novela era la razón de todo. En cuanto hablé me arrepentí de haberlo hecho. Gómez, furioso dio dos pasos adelante con los dientes apretados y me puso el cañón en la frente. Te voy a matar, me dijo, te voy a meter una bala en la cabeza y te la voy a hacer mierda, así que habla, gritó esta vez. Necesito explicarle a mi cerebro por qué no te he puesto un balazo desde que entraste aquí.*

*Deshechas por el miedo, las barreras de mi sofisticación dejaron pasar la verdad.*

*Estaba cansado, Gómez, cansado de vivir para ella y rondar a su alrededor, pero hablar de eso con ella era imposible. Ella sabía que yo quería irme desde hace mucho tiempo, pero ella no quería darme la oportunidad para decírselo. Y para ella, si no lo decía, no era real. Por eso dejé que lo que hice hablara por mí. Incluso ayer que intentó atraparme de nuevo...*

*Gómez palideció terriblemente. Yo me detuve. Noté que comenzó a bajar el arma. Se contrajo de dolor como si alguien lo hubiera apuñalado en el estómago desde adentro.*

*Julia definitivamente no quería que todo esto estuviera sucediendo.*

*Y estaba sucediendo. Y seguí hablando, presintiendo que estaba, con esto, dismantelando la estatua dorada de Julia sobre los altares de Gómez. Le dije que Julia había pasado la noche conmigo y que esa misma mañana la había dejado en mi apartamento y que no pensaba volver con ella. Gómez sintió que los pulmones no le respondían. Cuándo, preguntó. Cuándo qué, le dije, alarmado por su estado. Cuándo pasaste la noche con ella. Esta noche, le contesté. Esta madrugada. En realidad, mis manos aún oían levemente a su cuerpo, pero eso no se lo dije.*

*Hoy, dijo él, con la cara hecha un velo de lágrimas y mocos. Eso es hoy, horas antes de que me llamara pidiéndome que te matara.*

*Palidecimos aún más. Entonces fuimos dos hombres los que descubrimos todo en ese cuarto.*

*El teléfono sonó de nuevo. Todo se estaba poniendo innecesariamente novelesco.*

*Gómez puso el revólver en el sofá, abrió la puerta y se metió en la luz grisácea de la lluvia. Me pidió que lo siguiera y lo hice como si todavía tuviera la pistola en la mano. El teléfono siguió sonando.*

*Hice una pausa. Delmira me tomó de la manga de la camisa. Tienes que ver esto, me dijo, y sacó de la bolsa de papel una libreta muy parecida a la mía. Aquí escribí lo que yo creí que sería la continuación de tu historia, dijo. Y leí. Leí la versión en la que Gómez falló el tiro y buscó un cuchillo de cocina para matarme. Me fascinó. Le busqué la*

*mirada. Tengo que irme, le dije. ¿Podemos vernos mañana? ¿A las diez aquí mismo? Ella me preguntó desconcertada si no iba a terminar mi historia, pero yo estaba pensando en otra cosa diferente. Le dije que tenía que irme. ¿Y el paquete? Puede esperar, le dije. Te espero mañana.*

*Llegué a mi apartamento y busqué mi cuaderno y mis plumas y comencé a trazar el esquema de mi novela. Delmira me había dado la idea.*

*La novela sería, pensé, sobre una mujer que escucha una historia incompleta y decide terminarla ella misma en una novela, mientras la historia «verdadera» se desarrolla de manera paralela a la de la narradora. Un hombre con un paquete misterioso le contaría la historia sórdida y difícil de creer sobre su vida amorosa y la mujer llenaría los espacios vacíos con la ficción nacida de sus deseos.*

*El primer gran paso para una novela es el pretexto, y Delmira era el mío. Suspiré profundamente agradecido por haberla encontrado y por primera vez en mucho tiempo comencé a escribir sin parar por varias horas.*

*Y fue así como inició mi novela.*

## *Las mil y una noches*

Esa noche Delmira condujo a su casa pensando en la mirada llena de sorpresa y alegría del escritor de novelas antes de irse sin terminar su historia. Esa alegría fue a causa de lo que escribí, pensó. En su sala sacó la libreta y escribió todo lo que le había oído esa mañana. Eliminó su versión por la que Escritor le contó, y al final se encontró con el vacío. Pero esta vez no quiso especular. Esperaría a averiguar el resto por la mañana. Pensó vagamente en *Las mil y una noches*, un libro que no había leído completo. Pensó que, pasara lo que pasara, no aceptaría el paquete hasta que oyera toda la historia.

La mañana siguiente, lo primero que Escritor le preguntó fue que si había escrito algo más en su libreta. Delmira negó con la cabeza. Escritor parecía ligeramente desilusionado, pero prosiguió la historia de esta manera:

«Gómez y yo caminamos hasta un café al otro lado de la calle y nos sentamos adentro. Me pidió detalles

sobre lo que Julia había dicho o hecho durante su ausencia.

»Le dije que no había dicho ni hecho nada hasta la noche anterior en que llegó a mi cuarto y me arrojó a la cama como si no importara nada más. Gómez se pasó las manos por la cara. Me miró y me sonrió con dolor. Me repitió serenamente que Julia me quería muerto. Me dijo que le hablaba por teléfono a diario para decirle que lo amaba y que solo yo era obstáculo para la felicidad. Me contó todo lo que ya te dije, lo del retiro espiritual, lo del arma, la bala decorada, la piel quemada, las pesadillas.

»Yo le conté lo de la carta que me envió el día que se unieron, y Gómez se rio con amargura. Le dije que no sabía que después de su partida aún seguían juntos, pero que el hecho de que me visitara la noche anterior me hacía suponer que no había nada entre ellos.

»Entonces comenzó a llorar de nuevo porque había sido abandonado por todos. Por todos excepto por la persona a la que le había puesto, minutos antes, una pistola cargada en la frente. Y me pidió perdón como si en verdad me hubiera matado.

»Me quedé con él todo ese fin de semana antes de regresar aquí. Fueron noches pesadas porque no supe dónde estaba guardado el revólver y no sabía qué tan fácil podría cambiar de opinión y meterme un tiro mientras estaba dormido en el sofá de la salita. A veces pensaba en buscar el arma y esconderla en mi mochila, pero me vencía el miedo a ser sorprendido. Julia no llamó en todo ese tiempo.

»El día que dejamos la capital me dijo que iba a desaparecer por un tiempo, que iba a regresar a la casa de sus padres a recoger sus cosas y después iba a cambiarse de ciudad, iba a cortarse el pelo y a conseguir un trabajo.

»Cuando regresé, me dediqué a empezar una novela. No escribí más de dos páginas. Entonces recordé los ejercicios físicos y espirituales de Gómez. Los días siguientes comencé a hacer ejercicio: corría todas las mañanas después de desayunarme dos cigarrillos y un huevo crudo vaciado en un vaso con un chorrito de vodka.

»Reanudé mis visitas al círculo literario que se reúne los domingos en casa de Max Moro en busca de motivación por parte de personas que sí estaban escribiendo una novela. Su hermano, por ejemplo, estaba escribiendo sobre sus experiencias con el diablo. Ernesto Valdemar escribía una novela de abogados que imitaba en su estructura al Poema de Gilgamesh, y Cruz Santiago escribía una versión novelizada de su aventura detectivesca con los rancheros; ya te contaré después. Yo, sin embargo, no tenía nada.

»Hasta ayer».

Delmira supo que la historia había acabado. O por lo menos su parte relatada, porque el siguiente episodio estaba oculto en el paquete que estaba en las manos de Escritor. Y ella estaba, ahora, dispuesta a

desatar lo siguiente, a llevar todo a un final interesante.

Preguntó por el paquete, del cual Escritor, para su sorpresa, se había olvidado casi por completo. Escritor le confirmó por última vez que el paquete le había llegado hacía cuatro días y que no sabía su contenido ni sospechaba cuál era.

Delmira, muerta de ganas de conocer a Julia, estiró los brazos y aceptó entregar el paquete la mañana siguiente. De pie ahí, con el paquete en la mano, se transformó en un signo aciago: Quería decir que la relación había terminado, porque ya no había ni historia ni paquete, y por lo mismo, ya no habría pretexto para reunirse. Escritor se desbordó.

«Vamos a vernos esta noche. Mañana no trabajas.»

Delmira trató de descifrar el significado de *a vernos*.  
Escritor tradujo:

«Salir juntos, ir a cenar o a algún lado».

## Continuar la historia

*Cuando algo no puede ser expresado en una novela, con un cuadro, con un poema o con una revolución, es preciso, entonces, usar el cuerpo y el fuego del cuerpo. La extendí sobre la sábana como un mapa de sí misma. Ella olía a plumas de ave y a polvo. Sintió las diez lenguas de mis dedos fluyendo en sus costillas hacia arriba, en busca de su corazón, dividido en dos puntas. Yo sentí el filo de sus piernas delgadas y frías atarse con abandono alrededor de mi cintura.*

*Nos habíamos encontrado en la terraza de un restaurante. La noche estaba fresca y Delmira se había puesto un dije pequeño de oro y un vestido corto estampado con rosas negras.*

*Una ola de calor le escaló el ombligo hasta el cuello y le abrió la boca, le curvó la espalda, le tensó los dedos, y un gemido escapado de lo más profundo de su carne cruzó la habitación como un pesado pelícano negro.*

*Bebimos un poco, comimos. Delmira me contó con más detalle su trabajo en la oficina. Yo le pregunté por su salud y ella me aclaró que los nervios le causaban acidez y los médicos no habían encontrado mejor remedio que los antiácidos comunes, que Delmira nunca ha considerado suficientes. Me contó que desde que comenzó a concentrarse en mi historia con Gómez, Julia y los eventos de mi vida, sus males habían desaparecido casi por completo.*

*Bajando la voz un poco agregó que era una lástima que la historia hubiera acabado.*

*Yo la miré a los ojos. Su rostro me llegaba como en un sueño de humo. El espíritu del vino le había puesto en las mejillas un rubor encantador. Yo le dije que podíamos, ella y yo, continuar la historia.*

*Le dije que yo siempre creí que el mundo no tenía la obligación de ser interesante y que por eso ella me fascinaba, porque retaba todo lo que yo creía. Desde hace varias horas, le confesé, tomándole la cara entre mis dedos, he querido verte a esta distancia, Delmira oficinista. Y sentí en mis labios cómo los suyos se hinchaban de sangre y cómo su respiración me envolvía el rostro. Con mis ojos abiertos la vi inclinarse y deslizarse por mi boca como si estuviera dormida, soñando o cantando.*



## IV

### **Julia, profesora de quinto grado**

El patio de la escuela burbujeaba de niños que corrían y gritaban. En medio del caos, lenta, en calma, Delmira sostenía el paquete de Gómez. Pensaba que, después de todo, sería incómodo ver a Julia, a la mujer que había estado en las mismas sábanas de las que salió esta mañana. Sonrió y se perdió en el tiempo. El golpe en el costado, un niño que corría y se escondía de algo, la devolvió al momento. Se dirigió a la oficina principal, donde preguntó por Julia, profesora de quinto grado.

Delmira, en el umbral, vio a Julia escribiendo en la pizarra. Buenos días, dijo, y Julia se volvió a verla. Se pasó un mechón de cabello sobre la oreja. Se sintió un poco incómoda al ver que Julia era en verdad muy hermosa. Su cabello largo y sus miembros fuertes. Sus ojos eran claros y se les adivinaba una ira perpetua. Sus labios eran muy rojos y no parecía usar maquillaje.

Este paquete es para usted. Delmira dio media vuelta y se fue. Julia se quedó sin aliento al ver el nombre de Gómez sobre la caja. No notó a Delmira, y después de verla por primera vez, la olvidó para siempre.

## Sus ojos de noche

*Delmira vio llegar a ella un sujeto que, a lo lejos, parecía ser yo. Ella sonrió y parpadeó lentamente con sus ojos de noche. El hombre la saludó como lo hacía yo cada mañana. Pero no era yo.*

*Era alguien sumamente parecido a mí. Las sutiles diferencias lo hacían insoportablemente aterrador.*

*No se sentó. Delmira no sabía qué decirle. El sujeto le preguntó si hoy sí le entregaría a Julia el arma. Delmira vio que el hombre tenía un revólver negro en la mano. Hoy sí vas a hacerme ese favor, Delmira, preciosa, ¿verdad?*

*Y con gesto de adelantada gratitud le ofreció la empuñadura de la pistola. Delmira sintió como si el ácido de su estómago se convirtiera en una sustancia explosiva y las llamas de un infierno incontrolable estallaran desde el centro de su cuerpo antes de despertarse.*

## Lo mejor de nuestras novelas

*A partir de nuestra primera noche nos veíamos las mañanas en el parque y pasábamos juntos los sábados en mi apartamento o en su casa. Uno de los sábados en su cuarto me mostró la libreta con los avances en su escrito. Fue sorprendente. Delmira, al quedarse sin material para la historia —ya resuelto lo de Gómez y yo— decidió echar mano de otros recursos:*

*Primero, leí la parte en que Gómez, con un cuchillo en la mano, trataba de convencerse de matarme. Luego vi un espacio amplio en blanco y después esto:*

«Escritor volvió solo de la capital, después de insistir muchas veces en que Gómez volviera con él. Iría por sus cosas en una semana o dos, quién sabe. Y necesitaba hacer más ejercicio para contrarrestar el veneno. Eso había dicho. Escritor tomó el autobús y llegó a esta ciudad por la noche. Camino a su casa vio la escuela donde trabaja Julia y

un miedo inexplicable le heló la punta de los dedos. El hecho de que hubiera escrito las primeras dos páginas de una novela que no le gustaba mucho no cambiaba nada. Pero la tercera mañana, al pie de su puerta, un paquete de cartón envuelto en cinta plástica apareció. Y traía adherido un sobre con el nombre del escritor. Un mensaje le avisaba con letras mayúsculas:

“NO ABRAS LA CAJA”

La carta dentro del sobre, sin embargo, le pedía que le entregara el paquete a Julia. O que encontrara a alguien confiable que se lo diera —esto era importante— personalmente».

*Delmira señaló con su dedo un lugar de su libreta. Lee esto, me dijo:*

«No quería encontrarse con Julia y ser un puente entre ella y Gómez. Aun cuando la caja no tuviera una bomba dentro, no quería saber nada de ella. Pensando eso, se internó en el parque.

Eran las diez de la mañana y la oficinista y él eran los únicos ahí. Ella acababa de salir del mar de tedio que era

su oficina. Tenía otras cosas que pensar y no notó que el joven con la caja en las manos se había sentado muy cerca y la estaba observando».

*Yo la miré y le dije que era impresionante. Que todo estaba saliendo como debía, como si alguien detrás de nosotros lo estuviera escribiendo todo. Entonces saqué de mi bolsa un cuaderno de notas. Aquí está, le dije, la historia que tú y yo estamos continuando. Es la novela que tú me ayudaste a iniciar. Después de tanto tiempo ya tengo la novela por la que casi me ponen un tiro en la frente.*

*Y ambos leímos mi novela, y al ver qué tan hondo habíamos llegado sentimos, en un sentido estético, lo equivalente a un vértigo. Le pregunté, mientras me besaba, si sabía qué era lo mejor de nuestras novelas.*

*Que no hay manera de saber qué sigue, dijo.*

*Y que no importa.*

## César

Hasta ahora nadie había incluido en la novela de nadie el pasado de Delmira. Estudió contabilidad en la universidad, lejos de la compañía de gente que, como nosotros, vive de la generosidad de nuestros padres y madres. Durante todos sus estudios un hombre llamado César estuvo en su vida. Estudiaban juntos: la carrera duró cinco años y a través de ella los lazos se cerraron y Delmira y César toparon en el torbellino de los amantes. Sus vidas eran las de un par de universitarios, con las mismas modestas exigencias y rutina. Ambos tenían sendas becas que les facilitaban la vida y eran los mejores de su clase. Juntos, en un par de años, reunieron el dinero suficiente para mudarse a la casa pequeña cerca de la universidad, que es donde Delmira vivía en los días en que conoció a Escritor.

Nadie en ningún párrafo —ni Escritor ni ella— mencionó que cuando la carrera terminó César se enfrió como magma en el agua. Se ausentaba en viajes profesionales prolongados y los primeros meses después de la graduación cambió sus hábitos, impulsado por las fuerzas del desempleo. Las becas ya no

alcanzaban. Hubo escasez y riñas por dinero y por cambios en los hábitos del cariño. Delmira empezó a fumar y vomitaba con frecuencia. Cuando César se iba de casa por varios días, Delmira escribía en una libreta lo que ella desearía leer en un diario que él hubiera escrito.

«Domingo 17:

Hoy saldré con Delmira al cine. La última vez fuimos a ver una película francesa, y hoy es el día de mi venganza. Vamos a ir a ver una película de acción con más balas y bajas que la Segunda Guerra Mundial. Más tarde voy la voy a llevar a la playa. Hace varios meses que no nos tendemos en la arena, de noche, con la increíble mancha de las estrellas sobre nosotros».

Cuando César se fue definitivamente, Delmira cayó como un montón de ladrillos, desordenadamente, uno sobre el otro. Y el pasado la había dejado tan pesada que no tenía ganas de levantarse. Por fortuna todos tenemos el tedio. Y eso le salvó la vida.

Aunque.

Cada día en la oficina le aclaraba más la idea de que el mundo era un vampiro. Nada tenía sentido. Por lo menos nada dentro de ese edificio. Sabía que, aunque

sin los servicios contables la compañía se vendría abajo, eso no quería decir que la compañía necesitara *los servicios contables de Delmira*. Ni ninguna de las otras cosas que hacía para la empresa.

En la primera semana de trabajo en el edificio frente al parque se agudizaron sus vómitos, sus náuseas, y fue al doctor, temiendo estar embarazada.

Va a dar a luz una úlcera, le dijo el médico, que era un estúpido, pero que creía que era un genial bromista. Le recetó antiácidos comunes. Está a un paso de ser un cuadro de acidez agudo, pero no se puede hacer otra cosa. Coma bien y duerma ocho horas.

Delmira le dijo que había dormido siete horas en toda la semana.

El doctor abrió un cajón y sacó una manzana amarilla. Cómate una de estas por la mañana y por la noche.

En el pasado los doctores daban medicinas. Gracias. Y Delmira se perdió en los pasillos hasta llegar a la calle.

Una de las mañanas en la que comía una de tales manzanas llegó a ella un hombre con un paquete y una historia. Y esa pieza hizo que todo se moviera hacia su fin.

Y fue de esa manera que iniciaron nuestras novelas.



## V

### Julia

No hay manera de saber lo que sigue. Y no importa.

Julia abrió el paquete. No era una bomba. O por lo menos no explotó en cuanto abrió la caja. Vacío el paquete y por la mesa rodó una bala, con la punta gris de plomo cuidadosamente seccionada con forma de equis para darle poder expansivo. Después, pesada, soberbia, cayó la pistola, el enorme revólver negro de Gómez. Julia recogió la bala y notó que tenía diseños, dibujos y letras: entre flores y arabescos muy rústicos, la bala tenía un nombre escrito: «**JULIA**».

Y dentro había una nota. Gómez había escrito:

**Sálvate a ti misma. Pero cuando te salves,  
procura que sea por la boca. Duele menos  
y es más seguro. Leí sobre un tipo que  
quedó ciego de un ojo por darse un mal  
balazo en la sien.**

Julia arrojó todo a un lado y se puso a llorar. Cerró los ojos con fuerza, se puso las manos en el rostro y gritó con una furia indescriptible. Comenzó a sangrar por la nariz y se frotó la cara como queriendo borrarla. Retiró las manos y notó que algo en sus pestañas le opacaba la vista. Corrió a un espejo cercano. Hubo un silencio. Se había manchado los ojos con la sangre, y la imagen en el espejo era casi enloquecedora. Siguió llorando así, como los santos, como los lagartos, hasta el atardecer.

## Novelistas

*Después de un par de semanas traje a Delmira al círculo de novelistas. Ahí tú, Ernesto y Cruz Santiago la conocieron. Ahí les contamos nuestra novela paralela. Ella aceptaba que lo suyo no era una novela, sino un diario simulado, una serie de anotaciones. Entonces discutimos qué tan lejos o qué tan cerca estaba eso de una novela. Recuerdo que Delmira, sin términos rimbombantes, sin jerga de novelistas, nos dejó arrobados por una intuición artística que no sabíamos que se podía incubar en los nidos de la contabilidad. Sí. Tú mismo me dijiste días después que envidiabas esa primordialidad que no tenía nada que ver con la inocencia ni la ignorancia. «Los escritores estamos contaminados de teoría literaria estéril y de adoración por novelistas que gozan de la consagración de la fama y la tradición. Delmira tiene ese deseo intenso de que el mundo funcione gracias a historias. Y eso es suficiente», dijiste.*

## Cicatrices

«Gómez terminó de empacar su única maleta. Dejó todo en orden. Se veía satisfecho. En su cuerpo tenía cicatrices, quemaduras y golpes. El cabello al rape. Estaba, sin duda, lastimado. Pero su ojo estaba volviendo a su tamaño habitual y la duda y el miedo se habían desvanecido casi por completo. Estaba listo para volver».

## Reptil

Gómez se soñó esa noche dentro de la misma antigua escafandra de buzo. Con el agua entrándole por todas partes terminó sumergido en un mar de oscuridad y de silencio. Al final del sueño una luz blanca contrastaba con las tinieblas. Era Julia, que flotaba hacia la superficie con los ojos abiertos y una nube de sangre envolviéndole la cabeza desde la boca como un vapor negro, serpenteando y enredándosele en los cabellos. Gómez quería gritar. En la diestra de Julia, el revólver negro.

Esa misma noche, muerto de remordimiento, Gómez empacó su única maleta. Dejó todo en orden. Sintió una presión en el rostro, en su ojo, un dolor de cabeza y fue al espejo. En lugar de su rostro vio la cabeza gris y verde de una iguana con el ojo derecho cerrado.

Encendió las luces y la cabeza del animal no desapareció. Movié los labios y la iguana habló con él en términos indescifrables, con un eco reptil escalofriante.

Gómez tomó su maleta con violencia y se arrojó a la calle, decidido a regresar a casa.

Sentía que su ojo derecho iba a desaparecer.



## VI

2/6

Estaba casi ciega por las lágrimas, y después de muchos intentos por descifrar el mecanismo, abrió el revólver para cargarlo como había visto que se hacía en las películas. La bala decorada se deslizó en el hueco con un sonido tenebroso y pesado. Hizo girar el barril, porque también había visto películas en las que la gente participaba en el sorteo más macabro del mundo. Comenzó a sudar su miedo. El sabor del acero se parecía al de las lágrimas oscuras que le invadían la boca. El temblor de su mano le hacía golpetear los dientes contra los contornos del cañón. El martillo saltó y golpeó la cámara vacía del cilindro. El eco del golpe recorrió todo su cuerpo. El sonido de un suspiro desbordado y un sollozo llenó la habitación. Puso el revólver en la mesa, el cañón brillaba de saliva y lágrimas. Todo estaba decidido por designios más fuertes que ella. La bala no era para matarla a ella. Pálida, temblando, guardó el arma cargada en su bolso y abrió la puerta para salir de su cuarto y no volver allí jamás.

## Un fuego dormido

Antes de que todo terminara había ocurrido esto:

Gómez bajó del autobús y tomó un taxi hacia la casa de Julia. Al mismo tiempo ella, llorando lágrimas de sangre se alejaba con el revólver cargado en el bolso. Al mismo tiempo los del círculo de novelistas conocimos a Delmira y supimos el abismo de novelas que escribía junto a Escritor. Al no encontrar a Julia, Gómez tomó otro taxi, esta vez a casa de Escritor y, al no encontrarlo a él tampoco, se quedó sentado frente al umbral de la puerta cerrada, tal como el otro había hecho días antes en la capital.

No haber encontrado a Julia lo llenaba de terror y de una culpa inmensa. Se cubrió la cara con las manos. Julia llegó al lugar. Gómez se descubrió. Julia lo vio. Ambos quisieron desaparecer, hacerse polvo. Ambos pensaron en decir algo. Pero no lo hicieron. Gómez se puso de pie. Julia no pudo leer nada en los ojos de Gómez. Él leyó las vetas de sangre en los de Julia. Qué te pasó, le preguntó, sinceramente conmovido, qué te

hiciste. Julia se le lanzó a los brazos y le pidió perdón. Hubo un beso y ambos se fueron de ahí a la casa de Julia, de donde no salieron en dos días.

Antes de que la policía me llamara y antes de que todo esto se volviera más extraño, había ocurrido también esto:

Escritor tuvo que llevar a Delmira al hospital. Después de la reunión con el círculo de escritores decidieron ir a ver una película. Estaban dándose un beso en la penumbra cuando los labios de Escritor sintieron una diferencia y se dio cuenta de que Delmira brillaba de palidez en las butacas negras del cine. La úlcera se alzaba con todo su poder, era un ataque agudo. Horas después, en una cama del hospital, Delmira escuchó al médico:

Su cuerpo, para protegerse, aisló los ácidos en varias cámaras improvisadas en crecimientos irregulares en la pared estomacal. Esto es muy inusual. Ahora, señorita, cuando algo desestabiliza la presión de los esfínteres de esas cámaras, una cantidad muy grande del ácido escapa, y es lo que, esta vez, causó el ataque. En cierta forma el problema es igual y es el mismo que tenía antes. Solo que ahora pasará con muy poca frecuencia.

Pero dolerá diez veces más, pensó Delmira.

Julia en ese momento le pedía a Gómez que la dejara volver con él a la capital. Julia podía ser muy

persuasiva. Gómez asintió entre las nieblas del placer y el desmayo.

La madre de Delmira pasaría la noche junto a ella en el hospital. Le estrechó la mano a Escritor para despedirlo y, con una sonrisa, adivinó que había algo entre él y su hija. La noche le enfrió a Delmira los pies y las rodillas. Había olvidado traer su libreta. Mañana al mediodía podrá irse. Es una sola noche, con fines de observación.

Lentamente un fuego dormido le cubrió el interior del estómago.

## Todo sobre mi novela

*Ayer por la noche una llamada me despertó. Era Gómez. El ruido de los automóviles apenas me dejaba escuchar. Quedamos en vernos en mi casa. Diez minutos después Gómez tocó la puerta y entró. Me dijo que había vuelto con Julia, y entonces, en un segundo, volví a sentir miedo por mi vida. Me contó había habido un revólver en la caja y me contó los detalles sobre la reconciliación. Estaban, ambos, muy arrepentidos por todo y se iban a ir a vivir a la capital. Ambos buscarían un trabajo. Gómez me pidió perdón de nuevo y me dijo, apesadumbrado, que iba a desaparecer de mi vida. Que Julia y yo éramos, para él, importantes, pero que Julia, me excluía, me anulaba inevitablemente. Yo no pude decir otra cosa, solo que estaba muy contento de que todo acabara muy bien, tal vez no para todos igualmente, pero sí para ellos dos. Después, para que no sintiera que me dejaba solo —y para sentirme, en ese momento, menos solo yo— le conté lo de Delmira. Sorprendido, Gómez me dio un abrazo. Me pidió que fuera con él a la estación de autobuses hoy por la tarde. Sorprendido, le pregunté si Julia iba a ir también y él me explicó la situación: él se va primero a buscar*

otro departamento. Julia se va con él cuando todo esté listo, uno o dos días después.

Esta mañana fui por Delmira al hospital muy temprano en su auto, el cual me ha dejado conducir de vez en cuando. Insistió en que quería regresar a trabajar cuanto antes y fuimos a su casa para que se vistiera. Durante el camino le conté de la visita de Gómez y su reconciliación y planes con Julia. Se le iluminó el rostro. Le pedí prestado el auto para llevar a Gómez y accedió de inmediato. La historia original se ha reanudado, me dijo. Pero solo para terminar, le respondí. Gómez va a desaparecer de mi vida. Estaba un poco triste, y Delmira me acarició el cabello.

La dejé en la oficina y esperé a que, a las diez, tomara su descanso para desayunar. Desayunamos un par de manzanas amarillas. Como cada mañana, me mostró su libreta. No había nada en las últimas páginas. Doctores de mierda, dijo. Estaba por escribir un capítulo en el que tú y yo nos íbamos a la playa a ver las estrellas. Yo le dije que la playa sonaba muy bien. La vi entrar, por fin, al edificio. Seguramente tomó el elevador al quinto piso, donde estaba su oficina. Seguramente suspiró y sintió un ligero ardor en el estómago antes de tomarse sus antiácidos.

Yo vi el reloj y fui a mi casa a prepararme para llevar a Gómez a la estación de autobuses. Y como me sobró mucho tiempo vine al café. Y aquí te encuentro, Max, y te acabo de gastar un par de horas de tu vida. Pero querías saber todo sobre mi novela. ¿Sabes qué nombre le puso Delmira a su novela, a sus notas en la libreta?

—No, no sé— respondí.

—Escritor —me dijo con una sonrisa—. *La novela se llama* Escritor.

Y, sonriendo, se levantó, apuró su café y se despidió de mí con dos palmadas en el hombro. Gómez lo esperaba en su casa con las maletas hechas.



## VII

### Fotografía

Escritor detestaba la idea de estar escondiéndose de Julia. Pero así era. Le preguntó a Gómez si estaba seguro de que Julia no iría a despedirlo a la estación. Gómez le aseguró que Julia estaba en el colegio. Camino a la estación pasaron por el parque y frente al edificio de la compañía. Delmira trabaja ahí. Gómez se lamentó de no haberla conocido. Escritor le dijo que tal vez un día le enviaría una fotografía. Hubo un silencio. Ambos sabían que no habría forma de tener contacto uno con el otro mientras Julia siguiera en la ecuación.

## La última llamada

A decir verdad, siempre estuve hondamente interesado en el proyecto de Delmira y Escritor. Nunca me atreví a decirles que si un escritor externo —yo, por ejemplo— escribiera una novela sobre un escritor que escribe una novela sobre la historia —y sobre la novela— que ambos construían juntos, podríamos, todos, llegar a un nivel de narración increíblemente vertiginoso e interesante. Nunca les dije, porque quién soy yo para meter mis narices en un asunto que era más amoroso que artístico. En definitiva, no puedo decir que no quería hacer lo que ahora hago. Pero las circunstancias por las que empecé esta novela no fueron las que esperaba. Nadie las esperaba.

Después de dejarme en el café, Escritor llevó a Gómez a la estación en el auto de Delmira. Ella revisaba, como cada primer lunes del mes, la contabilidad de la empresa. Antes de recibir la última llamada telefónica tomó sus antiácidos. La tarde era clara, y el silencio fue cortado por cientos de pájaros

que volaron de un árbol a otro. El sol convirtió el edificio, por unos minutos, en un espejo de fuego. Delmira sintió un calor relajante en el rostro. Dejó las carpetas de contabilidad y sonrió al recordar que un calor muy parecido le escalaba las mejillas cuando se desnudaba frente a Escritor. Entonces sonó el teléfono.

## Escritor

Julia los vio salir de la casa y los siguió en su auto, cuidadosamente alejada. De cualquier manera, sabía a dónde iban. Se bajó del automóvil. Se enjugó las lágrimas con la muñeca y caminó con rabia hasta que vio la espalda de sus hombres. Entraron ambos al edificio de la estación de autobuses, recubierto de vidrios reflejantes, como enormes espejos. Dentro, Gómez se metió en la línea para comprar su boleto. Julia se detuvo; afuera del edificio ya no los veía. Debía hacer las cosas rápidamente, pero no tenía ningún plan para lo que quería hacer. Titubeó. Después las cosas se pusieron a su favor. En el gran espejo que estaba frente a ella se formó la sombra de escritor. Se había recargado en el vidrio y ahora su forma era inconfundible. Reposaba la cabeza y la espalda y no notaba que Julia se acercaba con pasos imparables hacia él.

Mientras se acercaba a Escritor, Julia se vio repetida en el vidrio y vio cómo descargaba todo el rencor contra su imagen gemela, cómo sacaba el revólver del bolso para darse un tiro en la cara. Pero

el reflejo también tenía una pistola, y también lloraba, y también iba a darle un tiro. Julia oprimió el gatillo una, dos, tres, cuatro veces. Cuatro veces el martillo del revólver resonó sin efecto. Julia estiró más el brazo, apoyó el cañón contra el vidrio y disparó.

Todo sucedió muy rápido. La explosión deshizo el reflejo de Julia e hizo polvo el vidrio. Escritor cayó de cara al suelo con la cabeza abierta. Entre los gritos de terror de las personas en la estación, se oían los gritos y sollozos de Julia. “Él era el amor”, gritaba, “¡Y ya no tengo otra bala para darme un tiro!”

Para probarle al mundo su desamparo, para probarle a todos y a sí misma que ya no tenía otra bala con qué darse un tiro, se puso el revólver en la barbilla y jaló el gatillo.

No tuvo tiempo para sorprenderse.

Sobre su cabeza un rocío rojo le levantó los cabellos. Gómez vio cómo Julia se desplomó, con las órbitas huecas, con las rodillas desencajadas, hasta hacerse un lío de trapos en el piso.

Ella nunca supo que había dos balas.

Gómez me llamó por teléfono con la voz invadida de fantasmas. Julia acaba de matar a Escritor, me dijo. Y se mató ella. Ya le avisé a su papá, llámale a tú a Delmira, por favor. Y colgó. Yo alcancé a escuchar

voces y gritos entre las sirenas de policía y de las ambulancias.

Me encargué de la horrorosa tarea de localizar a Delmira. La tarde era clara, y el silencio fue cortado por una nube de pájaros que huyó de un árbol a otro dos veces.

Delmira sintió la caricia cálida del sol en su cara. Entonces sonó el teléfono y oí la voz de Delmira del otro lado.

—Soy Max— le dije.

—¿Max Moro?

—Max Moro, sí. Delmira; pasó algo horrible.

Sus compañeros de trabajo, ninguno de los que circundaban su cubículo notó que Delmira soltó la bocina del teléfono y su rostro se descompuso. Hay un animalito que tiene en su abdomen los químicos necesarios para hacer un chorro explosivo equivalente al del despegue un transbordador espacial. Se llama escarabajo bombardero, y en ese momento, cuando los líquidos nocivos en el interior de Delmira se desbordaron y empaparon de dolor las paredes de su estómago, ella habría deseado ser como el escarabajo. Habría deseado que sus ácidos se mezclaran con peróxidos e hidroquinonas, que los químicos hubieran salido disparados violentamente y que una tormenta de fuego se expandiera entre chispas inflamables hasta llenarlo todo de brasas y prender todo el edificio en llamaradas químicas inextinguibles. Habría deseado que el quinto piso se iluminara de un fognazo, y que

la explosión hubiera deshecho la oficina en un segundo de infierno, de hierros torcidos de los cuerpos enroscados de sus colegas muertos, convertidos en sonrientes esqueletos de carbón.

Pero no. Solo ocurrió el dolor, el ardor de un mal mundano que poco a poco la llevó a arrodillarse, como implorando el perdón de un dios injusto por haberse atrevido a ser interesante en un mundo donde el dolor era la única cima entre los valles del tedio. En un mundo que ni siquiera le permitiría la gloria de estallar como un escarabajo maravilloso.

Y es del silencio, de la pluma de Delmira, ahora muda, que nace la necesidad de que alguien cierre el círculo, que alguien ponga orden es este torbellino de llamas. Es así, en ese edificio encendido por el sol, con una oficinista gris y vencida, que verdaderamente nace la necesidad de comenzar esta novela.

Y así es como termina.

(Max Moro, 17 de diciembre de 2003). ♡





**CARLOS MAL**  
**(1980) Hermosillo, México.**

Carlos Mal es escritor, artista, periodista gonzo y profesor. Es autor de los cómics *Al Grito* (webcómic 2010-2015), *La República de Sonora* (2020), y *Maleza Man: ¡vamos, loco!* (2023). Fundó en 1998 el Club Chufa. Estudió licenciatura en Letras en la Universidad de Sonora y maestría y doctorado en la Universidad de Arizona. Imparte clases de Literatura en secundaria, pinta murales y dibuja cómics. Ganó el Concurso del Libro Sonorense en 2019 con el libro de ensayos *Pianos en llamas* y el mismo concurso en 2020 con el libro de crónicas *Rodear la Tierra (y andar por ella)*. También ganó el Premio Nacional de Novela Breve ESAC 2023. *Escritor* es su primera novela publicada.



ESCRITOR

GÓMEZ

DELMIRA

NO ABRAS

MAX MO RO

VILIA

CARLOS MAL  
2023

CARLOS MAL  
DE  
2003





9 786079 499891

